

Augusto Martínez Olmedilla

Los restos de Blasco Ibáñez

(*El Adelanto*, 13-10-1933; *Diario de Córdoba*, 15-10-1933; *Heraldo de Castellón*,  
30-10-1933)

Valencia se dispone a recibir triunfalmente los restos de Vicente Blasco Ibáñez. El mausoleo erigido por la ciudad del Turia para honrar la memoria de su hijo dilecto será, a juzgar por la maqueta, digno de él y de su patria chica.

Pocos hombres habrá en los tiempos presentes que hayan encarnado de tan ejemplar manera como el gran valenciano, el espíritu de nuestra raza. El español es inquieto, y está dotado de polifacéticas actitudes; fácil de comprensión, rápido para ejercer las más difíciles actividades, a todo se atreve, y en todo triunfa... cuando se lo propone. Porque abundan mucho, por desgracia, los émulos de aquel rapabarbas del chascarrillo: «¿Tenemos hoy para el puchero? ¿Sí? Pues hasta mañana no afeito a nadie».

Blasco Ibáñez no era de esta índole, por dicha suya y de cuantos le admirábamos. Entre sus grandes méritos figuraba el de ser un trabajador infatigable. Vivió varias vidas y, sin llegar a viejo, había descollado en la política, en la literatura, y finalmente en los negocios, que le proporcionaron con rapidez un caudal, no fabuloso, pero suficiente para reírse de los mentecatos que creen incompatible con el talento la posibilidad de enriquecerse por medios lícitos.

Conocí a Blasco Ibáñez cuando había pasado ya de la época heroica de sus primeras luchas. Varias veces diputado a Cortes, tenía, ganada en buena lid, fama de hábil parlamentario. Elocuente orador, de verbo fogoso y colorista, agitador de masas, manejaba a su arbitrio a los valencianos, que hicieron de él un ídolo.

Sus campañas de *El Pueblo* acreditábanle de excepcional periodista. En la novela había logrado sus mejores triunfos, aunque luego los alcanzara más ruidosos; aún estaba fresca la tinta de *Arroz y tartana*, *Cañas y barro* y *La barraca*, ese admirable poema de la vida huertana, desbordante de luz, de color, de plasticidad, de humano verismo. Vivía Blasco por entonces en un hotelito de la calle de Salas, Castellana arriba. Le visité cuando daba los últimos toques a una novela que titulábase *La voluntad de vivir*. Con alegría de creador ubérrimo, mostrome el montón de cuartillas, a las que solo faltaban muy pocas para llegar a la palabra «Fin».

—Es mi mejor obra —me aseguró—. Tal vez sea lo verdaderamente definitivo que salga de mi pluma... Y, sin embargo —completó, después de una pausa— es posible que este libro no vea la luz pública.

—Acaso no me convenga... El ambiente que pinto es peligroso para mis planes futuros.

Imprimiose el libro, pero no se puso a la venta. A poco, emprendía Blasco su viaje industrial a la Argentina, de donde trajo una fortuna después de haber fundado dos pueblos, como los colonizadores clásicos, cuyo espíritu parecía reencarnar. ¿Qué fue de aquella edición? Acaso yace arrinconada en los almacenes de la editorial Prometeo. Si así fuese, ninguna ocasión más oportuna para exhumarla como homenaje a la memoria del gran novelista que, libre ya de humanos prejuicios, está por encima del bien y del mal, y los lectores, ávidos, solo veríamos en la novela no nata la hora predilecta del maestro, merecedora de llegar al público para esparcir sobre él una lluvia benéfica de arte.